

# EL TRADUCTOR CLEPTÓMANO

*Por Dezsö Kosztolányi*

Hablábamos de poetas y de escritores, de viejos amigos que habían comenzado la ruta con nosotros en el pasado, quedándose luego atrás a tal punto que habíamos perdido sus huellas. De tiempo en tiempo lanzábamos un nombre al aire: ¿quién se acuerda todavía de...? Bajábamos la cabeza y nuestros labios esbozaban una vaga sonrisa. En el espejo de nuestros ojos aparecía un rostro que creíamos haber olvidado, una carrera y una vida quebrantadas. ¿Quién ha oído hablar de él? ¿Vive aún? A esta pregunta, la única respuesta era el silencio. En ese silencio la marchita corona de su gloria crujía como las hojas secas de un cementerio. Callábamos entonces.

Callábamos aún, desde hacía varios minutos, cuando de repente alguien pronunció el nombre de Gallus.

—El pobre —dijo Kornél Esti. Lo vi todavía hace años, deben ser ya siete u ocho, en condiciones muy tristes. Le había ocurrido por aquel entonces, en relación con una novela policiaca, una historia que en sí misma es una novela, la más palpitante y la más dolorosa que yo haya vivido.

Ustedes lo conocieron, un poco al menos. Era un chico con talento, brillante, lleno de intuición y, lo que es más, culto y concienzudo. Hablaba varios idiomas. Había vivido cuatro años en Cambridge y conocía el inglés tan bien que el mismo príncipe de Gales habría tomado lecciones con él.

Pero tenía un defecto fatal. No, no bebía. Pero hurtaba todo aquello que caía bajo su mano. Era tan ladrón como una urraca. Poco importaba que se tratase de un reloj de bolsillo, de unas pantuflas o de un enorme tubo de estufa; le tenía sin cuidado el valor de los objetos robados, así como su volumen y dimensión. La mayoría de las veces ni siquiera les hallaba una utilidad. Su placer consistía simplemente en hacer aquello que no podía dejar de hacer: robar. Nosotros, sus amigos más cercanos, nos esforzábamos por hacerlo entrar en razón. Apelábamos con cariño a sus buenos sentimientos, lo reprendíamos e incluso lo amenazábamos. Él estaba de acuerdo con nosotros. No cesaba de prometer luchar contra su naturaleza. Pero por más que su razón se defendiese, ésta era más fuerte y siempre recaía.

Más de una vez se vio confundido y humillado en público por desconocidos; más de una vez fue descubierto en el hecho mismo y entonces nosotros debíamos desplegar increíbles esfuerzos para borrar de una u otra manera las consecuencias de sus actos. Pero un día, en el expreso de Viena, sus-

trajo el portafolios a un negociante moravo que en el acto lo asió por las solapas y lo entregó a los gendarmes en la siguiente estación. Fue conducido a Budapest atado de pies y manos.

De nuevo intentamos salvarlo. Ustedes, que son escritores, no desconocen que todo depende de las palabras: tanto el valor de un poema como la suerte de un hombre. Así pues, tratamos de probar que era un cleptómano y no un ladrón. Cleptómano es, en general, alguien a quien uno conoce; ladrón, alguien a quien no conocemos. Pero el tribunal no lo conocía, por lo que lo juzgó como a un ladrón, condenándolo a dos años en presidio.

Luego de su liberación, una sombría mañana de diciem-



*Joven sentada con blusa verde*

bre, poco antes de Navidad, irrumpió en mi casa, hambriento y desharrapado. Cayó a mis pies y me suplicó que no lo abandonase, que lo ayudara procurándole trabajo. Ni hablar de que escribiera bajo su propio nombre por un buen tiempo. Pero él no sabía hacer nada aparte de escribir. Así que fui a ver a un editor harto bonachón, lleno de humanidad, y lo recomendé. Al día siguiente el editor le confió la traducción de una novela policiaca inglesa. Era una de esas cosas buenas para el cubo de la basura con las cuales uno teme ensuciarse las manos. No las leemos; las traducimos a lo sumo, pero poniéndonos guantes. Aún hoy me acuerdo del título: *El misterioso castillo del conde Vitsislav*. Pero ¿qué importaba? Yo estaba contento de haber podido hacer algo por él y él lo estaba de poder ganarse el pan, y así contento, puso manos a la obra. Trabajó con tanto celo que, sin esperar siquiera el plazo convenido, al cabo de tres semanas entregó el manuscrito.

Quedé infinitamente sorprendido cuando, días más tarde, el editor me comunicó por teléfono que la traducción de mi protegido era totalmente inutilizable y que no estaba dispuesto a pagarle ni un céntimo. Yo no entendía nada, así que tomé un auto y me hice conducir donde el editor. Éste, sin decir una sola palabra, me puso el manuscrito entre las manos. Nuestro amigo lo había mecanografiado con esmero, había numerado las páginas y había agregado incluso, para separarlas, una cinta con los colores nacionales.

Era propio de él todo eso, pues —debo haberlo mencionado ya— en lo concerniente a la literatura era alguien de fiar; era escrupulosamente minucioso. Comencé a leer el texto con exclamaciones de gozo: frases claras, giros ingeniosos, hallazgos lingüísticos casi espirituales se sucedían sin que aquel mamotreto fuera tal vez digno de ellos. Estupefacto, pregunté al editor qué podía haber en el texto que fuese susceptible de reclamo. Me tendió entonces el original, siempre sin decir palabra, invitándome a comparar ambos textos. Me sumergí durante una media hora en ellos con los ojos ora en el libro, ora en el manuscrito. Al final, consternado, me levanté y declaré al editor que tenía absolutamente la razón.

¿Por qué? No traten de adivinar. Se equivocan. No era que se hubiese deslizado en el manuscrito el texto de otra novela. Era realmente, ágil, llena de arte y por momentos de verba poética, la traducción del *Misterioso castillo del conde Vitsislav*. Se equivocan aún; no había en su texto un solo contrasentido. Él sabía perfectamente el húngaro y el inglés. No busquen más. Nunca han oído algo semejante. Era otra cosa la que fallaba. Absolutamente otra cosa.

Yo mismo no me di cuenta sino lenta, gradualmente. Escúchenme bien. La primera frase del original inglés decía así:

“Los relámpagos hacían resplandecer las treinta y seis ventanas del antiguo castillo. Arriba, en el primer piso, en la sala de baile, cuatro enormes candiles de cristal prodigaban una orgía de luz. . .”

La traducción húngara decía:

“Los rayos hacían resplandecer las doce ventanas del antiguo castillo. Arriba, en el primer piso, en la sala de baile, dos enormes candiles de cristal prodigaban una orgía de luz. . .”

Abrí los ojos desmesuradamente y continué mi lectura. En la tercera página, el novelista inglés había escrito:

“Con una sonrisa irónica, el conde Vitsislav sacó un maletín bien lleno y le arrojó la suma pedida: mil quinientas libras esterlinas. . .”

El escritor húngaro había traducido como sigue:

“Con una sonrisa irónica, el conde Vitsislav sacó un maletín y le arrojó la suma pedida: ciento cincuenta libras esterlinas. . .”

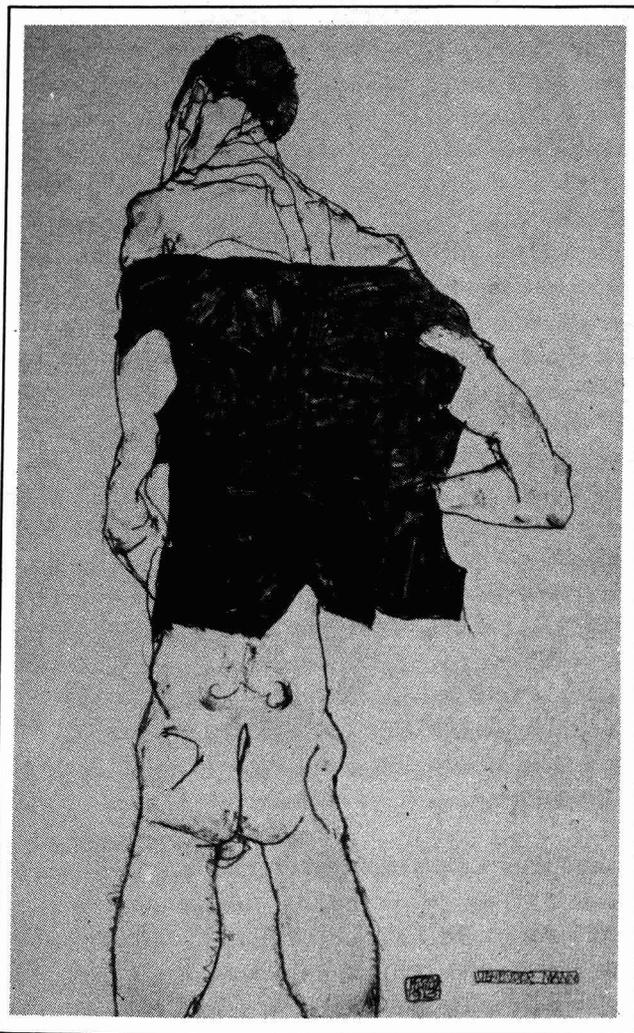
Tuve un presentimiento de mal augurio que por desgracia, en los minutos siguientes, se tornó en triste certidumbre. Más lejos, hacia el final de la tercera página, leí en la edición inglesa:

“La condesa Eleonora se hallaba sentada en uno de los ángulos de la sala de baile, en traje de noche. Llevaba sus antiguas joyas de familia: sobre la cabeza una diadema repleta de diamantes, heredada de su tatarabuela, esposa de un príncipe-electoral alemán; en su garganta, de una blancura de cisne, un collar de perlas auténticas, de reflejos opalinos, y en cuanto a sus dedos, no podían casi moverse de tantas sortijas ornadas con brillantes, zafiros y esmeraldas. . .”

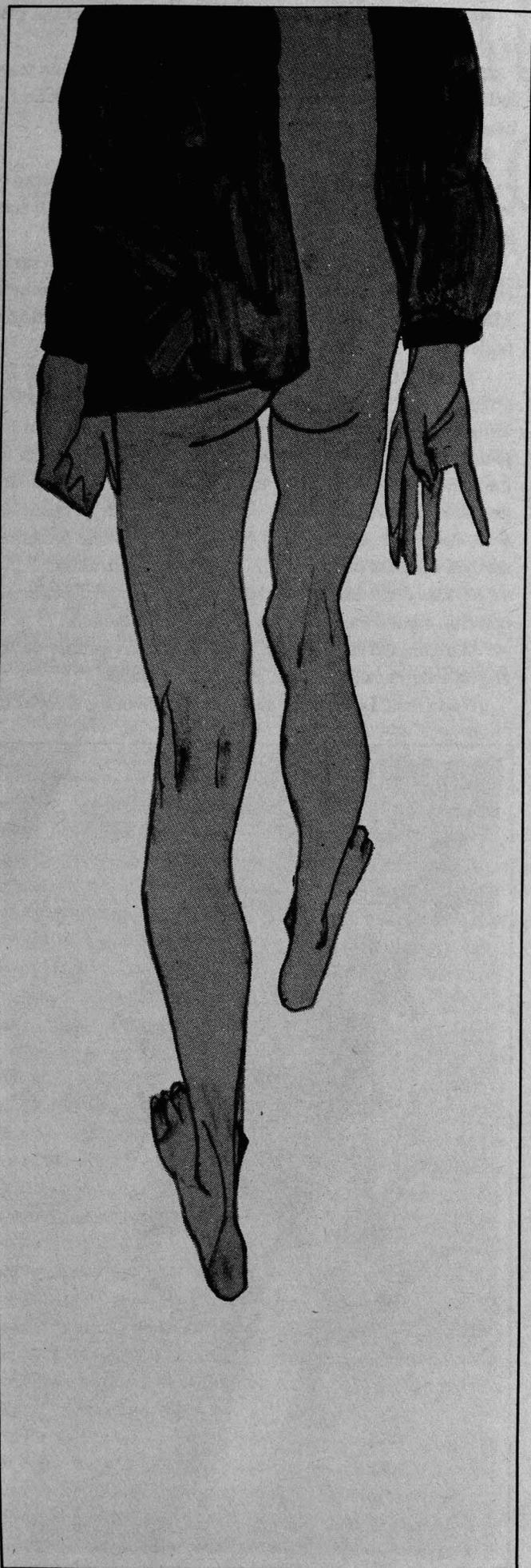
No me sorprendió poco constatar que esta descripción tan colorida figurara en el manuscrito de esta manera:

“La condesa Eleonora se hallaba sentada en uno de los ángulos de la sala de baile, en traje de noche. . .”

¡Nada más! La diadema repleta de diamantes, el collar de



Hombre parado



Torso semidesnudo

perlas, las sortijas ornadas con brillantes, zafiros y esmeraldas. . . todo faltaba.

¿Comprenden lo que había hecho nuestro pobre amigo, este escritor digno de mejor suerte? Simplemente había hurtado las joyas de familia de la condesa Eleonora, de la misma manera que había despojado al simpático conde Vitsislav, con una ligereza imperdonable, de sus mil quinientas libras, no dejándole más que ciento cincuenta, y sustraído dos de los cuatro candiles de la sala de baile y veinticuatro de las treinta y seis ventanas del antiguo castillo.

El vértigo se apoderó de mí. Pero mi consternación no tuvo límites cuando constaté que la cosa, con un fatal espíritu de continuidad, sucedía del principio al final de su trabajo. Por donde su pluma hubiese pasado, el traductor había causado perjuicio a todos los personajes, sin miramiento por ningún bien, mueble o inmueble, atentando contra el carácter incuestionable, casi sagrado de la propiedad privada. Trabajaba de distintas maneras: la mayoría de las veces los objetos de valor simplemente habían desaparecido. De aquellos tapices, cajas fuertes, platería, destinados a resaltar el nivel literario del original, no hallé en el texto húngaro el menor rastro. En otras ocasiones había robado sólo una parte: la mitad o dos tercios. Si alguien hacía llevar por su sirviente cinco valijas a su compartimiento de tren, él sólo mencionaba dos, sumiendo a las otras tres en un ominoso silencio.

Pero lo que me pareció en verdad el colmo —pues era claramente una prueba de mala fe y de latrocinio— es que frecuentemente le ocurría cambiar los metales nobles y las piedras preciosas por materiales viles y sin valor: el platino por hierro blanco; el oro por cobre; el diamante auténtico por falso o por bisutería.

Me despedí del editor con las orejas gachas. Por curiosidad le pedí el manuscrito y el original en inglés. Intrigado por el verdadero enigma que planteaba la novela policiaca, proseguí la encuesta en casa y realicé un inventario exacto de los objetos robados. Trabajé sin parar de la una de la tarde hasta las seis de la mañana siguiente, y terminé por establecer que en su extravío, en el curso de la traducción, nuestro amigo se había apropiado, en detrimento del original en inglés, ilegalmente y sin autorización, de: 1 579 251 libras esterlinas, 177 sortijas de oro, 947 collares de perlas, 181 relojes de bolsillo, 309 pares de pendientes, 435 valijas, sin hablar de las propiedades, bosques y pastizales, castillos ducales y baronales, y otras pequeñas naderías tales como pañuelos, escarbadientes y campanitas cuya enumeración sería larga y tal vez inútil.

¿Dónde había guardado esos bienes muebles e inmuebles que no existían sin embargo más que en el papel, en el imperio de la imaginación, y qué se proponía al robarlos? Tal pregunta nos llevaría lejos y quizá no llegaríamos a ninguna parte. Pero todo esto me convenció de que Gallus seguía siendo esclavo de su pasión culpable o de su enfermedad, de que no existía para él ninguna esperanza de curación y, finalmente, de que no merecía la ayuda de la sociedad, de las personas honestas.

En mi indignación le retiré mi protección y lo abandoné a su suerte. No he vuelto a oír hablar de él desde entonces. ◊